

hasta la noche de la matanza, y se cierne sobre él sabiendo que habrá muertos que devorar.

—Hasta la vista, caballero—dijo la Mechain retirándose sofocada y muy cortés.

V

En los días siguientes, en los primeros días de No-
viembre, no estaba concluida todavía la insta-
lación del Banco Universal. Aún no se había
acabado las obras de carpintería ni terminado
la enorme montera de cristales con que iba a
quedar cubierto el patio.
Aquella lentitud debíase á Saccard, que, des-
contento de la mezquindad de la instalación, pro-
longaba los trabajos con exigencias de lujo; y
no pudiendo ensanchar las habitaciones, para
realizar su constante sueño de lo enorme, había
acabado por enfadarse y por descargar sobre
Carolina el cuidado de despedir á los contratistas.
Esta vigilaba, pues, la colocación de las úl-
timas rejillas, de las cuales había un número
extraordinario; el patio, transformado en despa-
cho central, estaba rodeado de ellas: rejillas se-
veras y dignas, rematadas por hermosas placas
de cobre con rótulos en letras negras. En suma,
la instalación, aunque realizada en un local

V

Un mes después, en los primeros días de No-
viembre, no estaba concluida todavía la insta-
lación del Banco Universal. Aún no se había
acabado las obras de carpintería ni terminado
la enorme montera de cristales con que iba á
quedar cubierto el patio.

Aquella lentitud debíase á Saccard, que, des-
contento de la mezquindad de la instalación, pro-
longaba los trabajos con exigencias de lujo; y
no pudiendo ensanchar las habitaciones, para
realizar su constante sueño de lo enorme, había
acabado por enfadarse y por descargar sobre
Carolina el cuidado de despedir á los contratistas.
Esta vigilaba, pues, la colocación de las úl-
timas rejillas, de las cuales había un número
extraordinario; el patio, transformado en despa-
cho central, estaba rodeado de ellas: rejillas se-
veras y dignas, rematadas por hermosas placas
de cobre con rótulos en letras negras. En suma,
la instalación, aunque realizada en un local

algo estrecho, estaba distribuída con acierto: en el piso bajo, los servicios que debían estar en relación constante con el público, las diferentes cajas, las emisiones, todas las operaciones corrientes de banca; y arriba, el mecanismo en cierto modo interior, la dirección, la correspondencia, la contabilidad, las secciones de lo contencioso y del personal. En total, en un espacio tan reducido, se movían allí más de doscientos empleados. Y lo que imponía ya desde luego al entrar, aun en medio del ir y venir de los obreros, acabando de clavar clavos, mientras que el oro sonaba en las esportillas, era aquel aire de severidad, un aire de probidad antigua, oliendo vagamente á sacristía, que provenía sin duda del local, de aquel viejo hotel húmedo y obscuro, silencioso á la sombra de los árboles del jardín vecino. Se experimentaba la sensación de penetrar en una casa religiosa y honrada.

Una tarde, al volver de la Bolsa, Saccard mismo experimentó esa sensación, que le sorprendió. Consolóse, en parte, de la falta de dorados, y mostró su satisfacción á Carolina.

—Verdaderamente, para comenzar está esto muy bien. Parece que se está en familia, tiene esto algo de oratorio. Después, ya veremos.... Gracias, mi buena amiga, por el trabajo que os tomáis, desde que vuestro hermano no está aquí.

Y como tenía por principio utilizar las circunstancias imprevistas, trató desde entonces de desenvolver aquella austera apariencia de la

casa, exigió de sus empleados un aspecto de jóvenes oficiantes; no se hablaba más que en voz mesurada, se recibía y se entregaba el dinero con una discreción completamente clerical.

Nunca, en su vida tan agitada, había empleado Saccard tanta actividad. Por la mañana, desde las siete, antes que todos los empleados, antes aún que su ordenanza hubiera encendido fuego, ya estaba en su despacho examinando el correo, contestando á las cartas más urgentes. Luego, hasta las once, aquello era una interminable procesión de amigos y de clientes importantes de la casa, de agentes de cambio, de corredores, toda la caterva financiera; sin contar el desfile de los jefes de sección de la casa, acudiendo á tomar órdenes. El mismo, así que tenía un momento libre, se levantaba y hacía una rápida inspección por las diversas oficinas, donde los empleados estaban de continuo bajo el terror de sus bruscas apariciones, realizadas á horas siempre diferentes. A las once subía á almorzar con Carolina, y comía y bebía copiosamente, con una facilidad de hombre delgado, sin sentirse nunca molesto; y la hora completa que en esto empleaba no era perdida, porque era el momento en que, como él decía, se confesaba con su bella amiga, es decir, en que le pedía su parecer sobre personas y cosas, sin perjuicio de no saber luego con frecuencia aprovechar sus buenos consejos. A las doce salía y marchaba á la Bolsa, queriendo ser uno de los primeros en llegar

para hablar y ver. Por lo demás, ahora no jugaba abiertamente, y se encontraba allí como en un lugar de cita natural, donde estaba seguro de encontrar á los clientes de su casa. A todo esto su influencia iba marcándose ya en aquel sitio, adonde había vuelto como vencedor, como hombre sólido, apoyado ahora en verdaderos milloneros; y los maliciosos se hablaban en voz baja al mirarle, comunicándose rumores extraordinarios, prediciéndole la soberanía. A las tres y media estaba siempre de vuelta en su despacho, dedicándose á la fastidiosa tarea de la firma, de tal modo acostumbrado á este mecánico movimiento de la mano, que daba órdenes á los empleados, respondía y arreglaba negocios, con la cabeza libre y hablando con desahogo, sin interrumpir la firma. Hasta las seis aún recibía visitas, terminaba el trabajo del día y preparaba el del siguiente. Y cuando subía al lado de Carolina, era para comer más copiosamente que á las once, pescados finos y caza sobre todo, con caprichos de vinos, Borgoña, Burdeos ó Champagne, según el dichoso empleo de su jornada.

—¡Decid que no soy formal!—exclamaba algunas veces riendo.—En vez de andar visitando mujeres, casinos y teatros, vivo aquí, como buen burgués, á vuestro lado..... Hay que escribir esto á vuestro hermano para tranquilizarlo.

Pero no era tan formal como pretendía, porque en aquella época tuvo un capricho por una

corista de los Bufos; y hasta se había distraído un día, á su vez, en casa de Germana Corazón, donde no había encontrado satisfacción ninguna. La verdad es que al llegar la noche, caía rendido por la fatiga. Vivía, por otra parte, con tal deseo, con tal ansia de éxito, que sus demás apetitos quedaban como disminuidos y paralizados hasta tanto que se sintiera triunfante, dueño indiscutido de la fortuna.

—¡Bah!—contestaba alegremente Carolina—mi hermano ha sido siempre tan formal, que la formalidad es para él una condición de naturaleza y no un mérito..... Ayer le he escrito diciéndole que os he determinado á que no hagáis redorar la sala del Consejo. Esto le dará más placer.

Una tarde muy fría de los primeros días de Noviembre, en el momento en que Carolina daba al maestro pintor la orden de lavar simplemente las pinturas de aquella sala, le pasaron una tarjeta diciéndole que la persona que la había entregado insistía mucho en verla. La tarjeta, no muy limpia, llevaba el nombre de Busch, impreso groseramente. No conocía á este hombre, y dió la orden de que lo hicieran subir á su casa, al despacho de su hermano, donde ella recibía.

Si Busch, después de cerca de seis meses, no se impacientaba y no se utilizaba del extraordinario descubrimiento que había hecho de un hijo natural de Saccard, era desde luego por las razones que había presentido, el mediocre re-

sultado que sería sacar solamente los seiscientos francos de los pagarés suscriptos en favor de la madre, la dificultad extrema de obtener más, una suma razonable de algunos millares de francos. A un hombre viudo, libre de todo lazo, á quien apenas asustaba el escándalo, ¿cómo aterrarlo y hacerle pagar caro aquel regalo de un hijo del azar, recogido en el arroyo, germen de chulo y de asesino? Es verdad que la Mechain había formalizado trabajosamente una gran cuenta de gastos, alrededor de seis mil francos: pequeñas sumas prestadas á Rosalía Chavaille, su prima, la madre del niño, además lo que le había costado la enfermedad de la pobre mujer, su entierro, el entretenimiento de su tumba, en fin, lo que gastaba con Victor desde que estaba á su cuidado, la alimentación, la ropa, una porción de cosas. Pero en el caso de que Saccard no se enterneciese ¿no era creíble que los enviase á paseo? Porque nada probaría esta paternidad sino el parecido del hijo; y no sacarían de él más que el dinero de los pagarés, y esto si no invocaba la prescripción.

Por otra parte, si Busch había tardado tanto, era porque acababa de pasar semanas de horrible inquietud, junto al lecho de su hermano Segismundo, consumido por la tisis. Durante quince días especialmente, aquel terrible rebuscador de negocios lo había descuidado todo, olvidándose por completo de las mil pistas tortuosas que seguía, no apareciendo por la Bolsa, no persi-

guiendo á los acreedores, sin dejar la cabecera del enfermo á quien velaba, cuidaba, y mudaba como una madre. Hecho pródigo, él de una avaricia inmundada, llamaba á los primeros médicos de París, y habría querido pagar más caras al farmacéutico las medicinas para que fuesen más eficaces; y como los médicos hubiesen prohibido todo trabajo, y Segismundo se empeñara en trabajar, había escondido sus papeles y sus libros. Esto había llegado á ser entre ellos una guerra de astucias. Así que, vencido por la fatiga, se dormía su guardián, el joven, empapado en sudor, devorado por la fiebre, cogía un pedazo de lápiz, y el margen de un periódico, y continuaba sus cálculos, distribuyendo la riqueza con arreglo á sus sueños de justicia, asegurando á todos su parte de dicha y de vida. Y Busch, al despertarse, se irritaba notándolo más enfermo, destrozado el corazón al verle dar á su quimera lo poco que le quedaba de existencia. Podía permitirle que jugase con aquellas tonterías, como se permite á los niños que jueguen con un Juan de las Viñas, cuando estaba en buena salud; pero era verdaderamente una estupidez asesinarsé con ideas locas, impracticables. Habiendo al fin consentido en ser prudente por afecto á su hermano, Segismundo había recobrado algunas fuerzas y comenzaba á levantarse.

Entonces fué cuando Busch, volviendo á sus asuntos, declaró que era preciso liquidar el negocio de Saccard, tanto más cuanto que Saccard

había vuelto como conquistador á la Bolsa, y se convertía en un personaje de una solvencia indiscutible. El informe de la señora Mechain, á quien había enviado á la calle de San Lázaro, era excelente. Sin embargo, aún vacilaba en atacar de frente á su hombre, y andaba buscando la manera de vencerle, cuando una frase escapada á la Mechain acerca de Carolina, aquella señora que gobernaba la casa, y de quien le habían hablado todos los proveedores del barrio, lo lanzó en un nuevo plan de campaña. ¿Sería, por ventura, esta señora, la verdadera querida, la que tenía las llaves de los armarios y del corazón? Con mucha frecuencia obedecía á lo que él llamaba la inspiración, cediendo á una adivinación repentina, partiendo á la carrera detrás de una simple indicación de su olfato, seguro de sacar de los hechos una certeza y una resolución. Y así fué como se dirigió á la calle de San Lázaro para ver á Carolina.

Arriba, en la sala de los planos, Carolina quedó sorprendida ante aquel hombre mal afeitado, de rostro achatado y sucio, vestido con una levita grasienta y encorbatado de blanco. El también la examinaba hasta el fondo del alma, encontrándola como la deseaba, tan buena moza, tan sana, con sus admirables cabellos blancos, que llenaban de alegría y de dulzura su rostro que seguía siendo joven; y chocóle, sobre todo, la expresión de la boca, una expresión tal de bondad, que inmediatamente se decidió.

—Señora—dijo—yo habría deseado hablar al señor Saccard, pero me acaban de decir que está ausente...

Mentía, ni siquiera había preguntado, porque sabía muy bien que no estaba en casa, por haber espiado su salida para la Bolsa.

—Y me he permitido dirigirme á vos, prefiriendo esto en el fondo, no ignorando á quién me dirijo.... Se trata de una comunicación tan grave, tan delicada....

Carolina, que hasta entonces no le había dicho que se sentase, le señaló una silla con apresuramiento inquieto.

—Hablad, caballero, os escucho.

Busch, mientras se recogía con cuidado los faldones de la levita, como temeroso de ensuciarlos, se dijo á sí mismo, como cosa averiguada, que aquella mujer dormía con Saccard.

—Es que, señora, no es una cosa fácil de decir, y os confieso que hasta el último momento me pregunto si hago bien en confíarosla... Espero que veréis, en el paso que doy, tan sólo el deseo de permitir al señor Saccard la reparación de antiguos males.....

Carolina, con un gesto lo tranquilizó habiendo comprendido qué clase de persona tenía delante, y deseando abreviar inútiles protestas. Por lo demás, él no insistió, y se puso á contar la antigua historia: Rosalía seducida en la calle de la Harpe, el niño naciendo después de la desaparición de Saccard, y la madre en la mise-

ria y la prostitución; y Víctor, dejado al cuidado de una prima muy ocupada para vigilarle, creciendo en medio de la abyección. Ella escuchóle asombrada al principio por aquella novela que no esperaba, porque se había imaginado que se trataba de alguna sucia aventura de dinero; después se enterneció visiblemente ante la triste suerte de la madre y el abandono del niño, profundamente conmovida en su maternidad de mujer que había permanecido estéril.

—¿Pero—dijo—estáis cierto, caballero, de los hechos que me contáis?... En esta clase de historias son necesarias pruebas muy fuertes, absolutas.

Busch se sonrió.

—¡Oh! señora, hay una prueba concluyente, el parecido extraordinario del niño.... Además, ahí están las fechas, todo concuerda y prueba los hechos hasta la última evidencia.

Carolina seguía temblorosa, y él la observaba. Después de una pausa continuó:

—Ahora comprenderéis, señora, mi embarazo para dirigirme directamente al señor Saccard. Yo no tengo ningún interés en el asunto, no vengo más que en nombre de la señora Mechain, la prima, á quien sólo una casualidad ha puesto sobre las huellas del padre tan buscado; porque tengo el honor de deciros que los doce pagarés de cincuenta francos, dados á la desgraciada Rosalía, estaban firmados con el nombre de Sicardot, cosa que no me permito juzgar y

excusable ¡Dios mío! en esta terrible vida de París. Sólo que ¿no es verdad? el señor Saccard habría podido equivocarse acerca del carácter de mi intervención.... Y por eso he tenido el pensamiento de veros primero, señora, para consultáros sobre la marcha que habríamos de seguir, sabiendo cuánto os interesáis por el señor Saccard.... Y ahora que sabéis nuestro secreto ¿creéis que debo esperarlo y decirsele todo hoy mismo?

Carolina mostró una emoción creciente.

—¡No, no, después!

Pero no sabía qué hacer ante lo extraño de la confianza. Busch seguía estudiándola, satisfecho de la sensibilidad extrema que se la entregaba, acabando de trazar su plan, seguro ya de que conseguiría de ella más partido que de Saccard.

—Es que—murmuró—habría que tomar una determinación.

—Pues bien, yo iré.... Sí, yo iré á ver á esa señora Mechain y al niño.... Es mejor, mucho mejor que yo me entere primero de las cosas.

Y decía, pensando en alta voz, la resolución que acababa de tomar de hacer una cuidadosa información antes de decir nada al padre. Después, si quedaba convencida, sería tiempo de advertirle. ¿No estaba ella allí para velar por la casa y por su tranquilidad?

—Desgraciadamente, la cosa urge—dijo Busch—llevándola poco á poco adonde él quería.

La pobre criatura padece. Vive en un medio abominable.

Carolina se había levantado.

—Voy á ponerme un sombrero, é iré al instante.

A su vez, Busch se levantó y dijo negligentemente.

—No os hablo de la cuentecilla que habrá que pagar. El niño ha hecho gastos, naturalmente, y también hay dinero prestado en vida de la madre..... ¡Oh! no sé cuánto á punto fijo. No he querido encargarme de nada. Todos los papeles están allí.

—¡Bueno! Voy á verlo.

Entonces él aparentó enternecerse también.

—¡Ah, señora, si supieseis todas las pícaras cosas que yo veo en los negocios! Las gentes más honradas tienen que sufrir luego á consecuencia de sus pasiones, ó, lo que es peor, de las pasiones de los suyos..... Podría citaros un ejemplo. Vuestras infortunadas vecinas, esas pobres señoras de Beauvilliers.....

Por un movimiento brusco se había aproximado á una de las ventanas y clavaba sus miradas con ardiente curiosidad en el jardín vecino. Indudablemente meditaba este espionaje desde que había entrado, deseando conocer sus campos de batalla. En el asunto del reconocimiento de diez mil francos firmado por el conde á Leonia Cron, había adivinado bien; los informes enviados de Vendome decían la aventura prevista:

la muchacha seducida había quedado sin un céntimo á la muerte del conde, con su pedazo de papel inútil, y devorada por el deseo de venir á París, había acabado por dejar el papel al usure-ro Charpier, acaso por cincuenta francos. Pero si Busch había encontrado en seguida á las Beauvilliers, hacía recorrer París desde seis meses antes á la Mechain, sin poder poner la mano sobre Leonia. Esta había entrado como criada en casa de un procurador, y él la seguía en tres colocaciones; después, despedida por mala conducta, desaparecía, y en vano había sido buscarla. Esto lo irritaba tanto más, cuanto que nada podía intentar sobre la condesa, mientras que no pudiera tener á la muchacha como una viviente amenaza de escándalo. Pero no descuidaba el asunto, y estaba satisfecho, de pie delante de la ventana, al conocer el jardín, del que todavía no había visto más que la fachada desde la calle.

—¿Acaso también esas señoras están amenazadas de algún disgusto?

El se hizo el inocente.

—No, no creo..... Quería únicamente hablar de la triste situación en que las ha dejado la mala conducta del conde..... Sí, yo tengo amigos en Vendome y conozco su historia.

Y, en el momento en que se decidió por fin á separarse de la ventana, pareció como que la emoción que fingía se hacía verdadera.

—¡Y menós mal, cuando no se trata más que

de desdichas de dinero! ¡Pero cuando la muerte entra en una casa!

Aquella vez verdaderas lágrimas humedecieron sus ojos. Acababa de pensar en su hermano, y este recuerdo lo sofocaba. Carolina creyó que había perdido recientemente á alguno de los suyos, y no le preguntó más por discreción. Hasta entonces no se había engañado acerca de las bajas ocupaciones del personaje, por la repugnancia que le inspiraba; y aquellas inesperadas lágrimas la decidían más que la más sabia de las tácticas: creció su deseo de correr en seguida á la *Cité de Nápoles*.

—Señora, cuento con vos.

—Voy al instante.

Una hora después, Carolina, que había tomado un coche, vagaba por detrás de Montmartre sin poder encontrar la *Cité*. Al fin, en una de las calles desiertas que desembocan en la de Marcadet, una vieja la designó al cochero. Aquello era, á la entrada, como un camino lleno de baches, obstruído de lodo y de basuras, penetrando en medio de un terreno vago; y sólo después de mirar atentamente se conseguía ver las miserables construcciones, hechas de tierra, de tablas viejas y de viejas planchas de zinc, parecidas á montones de escombros, colocadas alrededor del patio interior. Dando sobre la calle, una casa de un piso, construída de morrillo, pero de una decrepitud y de una suciedad repugnantes, parecía dominar la entrada como en una prisión. Y,

en efecto, allí vivía la señora Mechain como casera vigilante, acechando sin cesar, explotando ella misma su pequeño pueblo de inquilinos hambrientos.

Desde que Carolina bajó del carruaje, la vió aparecer en el dintel, enorme, el pecho y el vientre desbordándose de un viejo vestido de seda azul, rozado en los pliegues, roto por las costuras, con las mejillas tan hinchadas y tan enrojecidas, que la pequeña nariz, oculta en ellas, parecía cocer entre dos brasas. Vacilaba aquella, acometida de malestar, cuando la voz muy dulce, parecida á una flauta pastoril, la tranquilizó.

—¡Ah! señora, os envía el señor Busch, venís por el pequeño Víctor.... Entrad, entrad, pues. Sí, esta es la *Cité de Nápoles*. La calle no está clasificada, todavía no tenemos números.... Entrad. Hay que hablar de todo eso desde luego. ¡Dios mío, y es tan fastidioso, tan triste!

Y Carolina debió aceptar una silla con las pajas destrozadas, en un comedor ennegrecido por la grasa, donde un hornillo rojo mantenía un calor y un olor asfixiantes. La Mechain hacía extremos sobre la suerte que la visitante había tenido al encontrarla, porque ella tenía tantos negocios en París, que casi nunca volvía antes de las seis. Fué preciso interrumpirla.

—Dispensadme, señora, venía por ese desgraciado niño.

—Perfectamente, señora, voy á enseñároslo... Ya sabéis que su madre era prima mía. ¡Ah!

puedo decir que he cumplido mi deber.... Ved los papeles, ved las cuentas.

Y sacó de una mesa un legajo muy ordenado, encerrado en una carpeta azul, como lo hubiera tenido un agente de negocios. Y hablaba y no concluía sobre la pobre Rosalía: sin duda había acabado por llevar una vida completamente asquerosa, yéndose con el primero que llegaba, volviendo borracha y llena de sangre, después de escapadas de ocho días; pero, ciertamente, había que hacerse cargo, porque era una buena obrera antes de que el padre del niño le rompiera el hombro, el día en que la forzó en la escalera; y, con su enfermedad, y vendiendo limones en los mercados, no se le podía pedir mucha formalidad.

—Mirad, señora, todo esto se lo he prestado á dos francos, á cinco francos. Ahí están las fechas: el 20 de Junio, dos francos; el 27 de Junio, también dos francos; el 3 de Julio, cinco francos. Y, mirad, en esa época debió estar enferma, porque hay aquí muchas partidas de cinco francos... Además, yo vestía á Víctor. He puesto una V delante de todos los gastos hechos con el chico.... Sin contar que, cuando Rosalía murió, ¡oh! bien sucitamente, de una enfermedad que era una verdadera podredumbre, el niño quedó completamente á mi cargo. Por esto he puesto, ¡mirad! cincuenta francos por mes. La cosa es muy razonable. El padre es rico, y bien puede dar cincuenta francos al mes por su hijo.... En fin, todo

esto hace cinco mil cuatrocientos tres francos; y si añadimos los seiscientos francos de los pagarés, tendremos un total de seis mil francos.... ¡Sí, todo por seis mil francos, ea!

A pesar de la repugnancia que sentía, Carolina hizo una reflexión.

—Pero los pagarés no os pertenecen, son propiedad del niño.

—¡Ah, dispensad, señora!—replicó la Mechain agriamente—he adelantado dinero sobre ellos. Ved al respaldo mi endoso.... Todavía es bondad de mi parte, no reclamar intereses. Se reflexionará, mi buena señora, y no se querrá hacer perder ni un céntimo á una pobre mujer como yo.

A un gesto cansado de la buena señora, que aceptaba la cuenta, se calmó. Y volvió á encontrar su voz aflautada para decir:

—Ahora voy á hacer llamar á Víctor.

Pero aunque envió uno tras otro á tres chiquillos que por allí andaban enredando, sólo consiguió saber que Víctor no quería venir. Uno de los chiquillos trajo, por toda contestación, una frase innoble. Entonces ella se levantó y desapareció como para ir á traerle de una oreja. Pero, habiendo reflexionado, reapareció sola, pareciéndole bien, sin duda, mostrarlo en todo su abominable horror.

—Si la señora quiere tomarse el trabajo de seguirme....

Y, conforme iban andando, daba detalles

acerca de la *Cité de Nápoles*, que su marido había heredado de un tío. Este marido debía haber muerto, porque nadie lo conocía, y ella no hablaba de él más que para explicar la procedencia de su propiedad. Un mal negocio que acabaría con ella, solía decir, porque le proporcionaba más cuidados que provechos, sobre todo, desde que la prefectura la molestaba, enviándole inspectores que exigían reparaciones y mejoras con el pretexto de que las gentes morían en su casa como moscas. Por lo demás, ella se resistía energicamente á gastar un céntimo. ¡A este paso bien pronto exigirían chimeneas adornadas con espejos en los cuartos que alquilaba por dos francos semanales! Pero lo que no decía era su rigor en la cobranza de los alquileres, que echaba las familias á la calle, en el momento en que no le daban por adelantado sus dos francos, y que hacía ella misma su vigilancia, tan temida, que los mendigos sin asilo no se habrían atrevido por nada del mundo, á dormir al amparo de sus muros.

Carolina examinaba con el corazón oprimido el patio, un terreno devastado, lleno de baches, transformado en muladar por las basuras acumuladas. Allí se arrojaba todo, allí no había ni vertedero ni sumidero, aquello era un estercolero que crecía sin cesar, emponzoñando el aire; y gracias á que entonces hacía frío, porque con el calor desprendíanse miasmas mortíferos. Con pie inquieto, trataba de evitar los desperdicios

de legumbres y los huesos, paseando sus miradas por las dos orillas, por las habitaciones, especie de cuevas sin nombre, casas bajas medio derruidas, casuchas construidas con los materiales más heterogéneos. Muchas estaban simplemente cubiertas de papel embreado. Otras no tenían puerta, y dejaban entrever negros agujeros de cueva, de donde salía un olor nauseabundo de miseria. Familias de ocho y diez personas amontonábanse en aquellos cubiles, sin tener siquiera una cama con frecuencia, hombres, mujeres y niños en montón, pudriéndose unos á otros, como los frutos agusanados, entregados desde la más tierna infancia á la lujuria instintiva por la más monstruosa de las promiscuidades. Bandadas de chiquillos, pálidos, enfermizos, comidos de escrófulas y de sífilis hereditaria, llenaban continuamente el patio, pobres seres que brotaban sobre aquel estercolero como hongos, en el azar de un abrazo, sin que se supiera con seguridad quién podía ser su padre. Cuando se desarrollaba una epidemia de tifus ó de viruela, barría de una escobada hasta el cementerio la mitad de la *Cité*.

—Os decía, señora—continuó la Mechain—que Víctor no ha tenido muy buenos ejemplos á la vista, y que ya sería tiempo de pensar en su educación, porque va á cumplir doce años.... En vida de su madre veía cosas no muy convenientes, en razón á que ella no se escondía cuando estaba borracha. Llevaba los hombres á su casa,